

Tocó la punta en su delirio insano,  
Y en su inocente afán se hirió la mano;  
Y este fué entónces el dolor segundo;  
Y dejáremos ya de llevar cuenta,  
Que para algo Dios nos echa al mundo,  
Y la letra con sangre entra y se asienta:  
Y así la razón gana, así el profundo  
Juicio con la experiencia se alimenta;  
Y porque aprenda, el mundo así recibe  
Al que no sabe cómo en él se vive.

#### CANTO IV.

Rizados copos de nevada espuma  
Forma el arroyo que jugando salta;  
Ricos países de vistosa pluma  
En campos de aire el pajarillo esmalta;  
Alzase léjos nebulosa bruma,  
De sombra rica, si de luces falta;  
Y el verde prado y el lejano monte  
Muro y término son del horizonte.  
Allá en la enhiesta vaporosa cumbre  
Su manto en el Oriente el alba tiende,  
Y blanca, y pura y regalada lumbre  
De su frente de nácares desprende;  
Cándida silfa á su fugaz vislumbre  
El aire en torno sonrosado enciende;  
Y en su frente la ondina voluptuosa  
Se mece al són del agua armoniosa.  
Y tras la densa y tenebre cortina  
Del hondo mar sobre la rubia espalda,  
Ráfagas dando de su luz divina,  
Mécese el sol en lechos de esmeralda;  
La niebla á trozos quiebra y la ilumina  
Del terso azul por la tendida falda;

Y de naranja, y oro, y fuego pinta  
Sobre plata y zafir mágica cinta.

Y en monte, y valle, y en la selva amena,  
Y en la de flores mil fértil llanura,  
Y en el seno del agua que serena  
Se desliza entre franjas de verdura,  
El ruido alegre y bullicioso suena  
De seres mil que cantan su ventura,  
Prestando su algazara y movimiento  
Voz á las flores y palabra al viento.

Las rosas sobre el tallo se levantan,  
Coronadas de gotas de rocío;  
Las avecillas revolando cantan  
Al blando són del murmurar del río;  
Chispas de luz los aires brillantan  
Salpicando de oro el bosque umbrío;  
Y si el aura á la flor murmura amores,  
La flor le brinda aromas y colores.

Y resonando... etcétera: que creo  
Basta para contar qué ha amanecido;  
Y tanta frase inútil y rodeo,  
A mi corto entender, no es más que ruido;  
Pero también á mí me entra deseo  
De echarla de poeta, y el oído,  
Palabra tras palabra colocada,  
Con versos regalar sin decir nada.

Quiero decir, lector, que amanecía;  
Y ni el prado, ni el bosque vienen bien,  
Que este segundo Adán no verá el día  
Nacer en los pensiles del Eden,  
Sino en la cárcel lóbrega y sombría;  
Que su pecado cometió también  
Viniendo al mundo por extraño hechizo,  
Y es justo que tal pague quien tal hizo.

Corrió, entre tanto, por Madrid la fama

De aquella aparición del hombre nuevo:  
De cómo viejo se acostó en su cama,  
Y al despertar se levantó mancebo.  
Nueva de que era causa se derrama  
Del gran tumulto que contado llevo,  
Cuando atento el patron, subiendo al ruido,  
Halló en otro á su huésped convertido.

Hay en el mundo gentes para todo:  
Muchos que ni aun se ocupan de sí mismos;  
Otros que las desgracias de un rey godo  
Leen en la historia y sufren parasismos;  
Quién, por saber la cosa y de qué modo  
Pasó, y contarla luego, á los abismos  
Es capaz de bajar; quién nunca sabe  
Sino es de aquello en que interés le cabe.

Quién, por saber lo que á ninguno importa,  
Anda desempolvando manuscritos  
Para luego dejar la gente absorta  
Con citas y con textos eruditos;  
Otro almacena provision no corta  
De hechos recientes, cuentos infinitos,  
Y mentiras apañá, y cuanto pasa  
Se entretiene en contar de casa en casa.

Este raro suceso que yo cuento  
Aquí en la capital ha sucedido;  
Y es tanta la jarana y movimiento  
En que su vecindario anda metido,  
Que muchos no tendrán conocimiento  
De un caso no hace mucho acontecido;  
Y á otros tal vez tan verdadera historia  
Se habrá borrado ya de la memoria.

Mas yo, como escritor muy concienzudo,  
Incapaz de forjar una mentira,  
Confesaré al lector que mucho dudo  
De la verdad del caso que le admira:

Contaré el cuento con mi estilo rudo  
Al bronco són de mi cansada lira,  
Y el hecho á otros afirmar les dejo  
De haberse el mozo convertido en viejo.

*Como me lo contaron te lo cuento,*  
Y yo de la verdad sólo respondo,  
De que el mozo salvaje del portento  
Anda alegre por ahí mondo y lirondo :  
Raro misterio que en conciencia siento  
No poder descifrar por más que ahondo.  
Mas ¿ qué mucho, si necio me confundo  
Sin saber para qué yo vine al mundo ?

Que no es menor misterio este incesante  
Flujo y reflujo de hombres, que aparecen  
Con su cuerpo y su espíritu flotante,  
Que se animan y nacen, hablan, crecen,  
Se agitan con anhelo delirante,  
Para siempre despues desaparecen,  
Ignorando de dónde procedieron,  
Y adónde luégo para siempre fueron.

Baste saber que nuestro héroe existe,  
Sin entrarse á indagar arcano tanto;  
Que tiene para estar alegre ó triste  
Risa en los labios y en sus ojos llanto ;  
Que come, bebe, duerme, calza y viste,  
Ya más civil en este cuarto canto ;  
Y que Adan en la cárcel le pusieron,  
Cuando desnudo como Adan le vieron.

Baste saber que el *Diario*, en su importante  
Seccion que casos de la córte cuenta,  
En estilo variado y elegante,  
Que el interes del sucedido aumenta,  
Refiere este suceso interesante  
Al número dos mil seiscientos treinta,  
Y como sigue causa, el parte dado,

No me acuerdo qué juez ni qué juzgado.

Y todos los de todos los colores  
Periódicos, amable cofradía,  
Que se apellidan, ya conservadores,  
Ya progresistas, y que en lucha impía,  
Cebo de los políticos reneores,  
Mondan y pulen la cuestion del dia,  
De ilustracion vertiendo ricas fuentes  
En caudales fructiferos torrentes.

Ahondando la cuestion de estrago tanto,  
Buscando el móvil de motin tan fiero,  
Hallaron unos y otros con espanto  
Que era un pagado y vil aventurero,  
No disfrazado bajo el noble manto  
De la santa virtud, sino altanero ;  
Agente digno de la trama impía,  
Saliendo en carnes á la luz del dia.

Y acusó cada cual á su contrario  
De haber pagado y encerrado al loco,  
Y del absurdo cuento strafalario  
Que honra por cierto su invencion muy poco :  
Cuál al Gobierno acusa atrabiliario,  
Cuál supone en los clubs que se halla el foco,  
Sin que ninguno ser quiera en su ira  
Autor de tan *ridícula mentira*.

Y con lógica sana y juicio recto  
Probaron, como cuatro y tres son siete,  
Que no cabe en el más rudo intelecto  
Que se convierta un viejo en mozalvete :  
Y alguno, á los milagros poco afecto,  
Con ódio á todo clerical bonete,  
Probó que nada, en un sabio discurso,  
Basta del mundo á trastornar el cursó.

Y yo quedé de entónces convencido  
Casi de que era mentiroso el cuento,

Aunque siempre mis dudas he tenido,  
Que es muy dado á dudar mi entendimiento;  
Y cuanto llevo hasta ahora referido  
No lo afirmo ¡oh lector! ni lo desmiento,  
Que por mi honor te juro no quisiera  
Que nadie mentiroso me creyera.

Y casi, casi arrepentido estoy  
De haber tomado tan dudoso asunto  
Y de á pública luz sacarlo hoy  
Que la incredulidad llega á tal punto;  
Mas ya adelante con mi cuento voy  
Al són de mi enredado contrapunto,  
Que es mi historia tan cierta y verdadera  
Como lo fué jamas otra cualquiera.

Es el caso que Adan, preso y desnudo,  
Hace ya un año que en la córte vive,  
Do con áspero trato y ceño rudo  
Aspera y ruda educacion recibe.  
Es cada cual allí doctor sesudo  
Que practicando de su ciencia vive,  
Tomos que enseñan más filosofía  
Que cien años de estudio en solo un día.

Sociedad de filósofos aquélla,  
Andar allí desnudo á nadie espanta;  
Antes pondrán más bien pleito y querella  
Al que lleve chaqueta, capa ó manta;  
Y así á nadie extrañó cuando su estrella  
Trajo allí al jóven que mi lira canta;  
Y un año desde entónces ha corrido  
Y el mancebo se está como ha venido.

En cuanto á traje, y nada más, se entiende  
Que la sana razon su juicio aploma,  
Sus sentidos aviva y los enciende,  
Y su rústico ardor desbrama y doma.  
La gracia y ademan del jaque aprende

Las más punzantes voces del idioma,  
Y á sufrir, y á callar, y á caso hecho  
Guardarse la intencion dentro del pecho.

Y como el juicio su taleato rija,  
Comprende de derechos y deberes  
El intrincado código que fija  
Los goces de aquel mundo y padeceres;  
Y el noble ardor que el corazon le aguija,  
En ánsia de dominio y de placeres,  
Y su hercúlea simpática figura  
Del ajeno respeto le asegura.

Ni chiste ni pillada se le escapa,  
Ni gracia alguna sin respuesta queda,  
Ni las cartas mejor ninguno tapa  
Cuando entre amigos el cané se enreda;  
Revuelta al brazo con desden la capa,  
Con él, navaja en mano, no hay quien pueda,  
Que en la cárcel ahora ya no hay pillo  
Que maneje mejor que él un cuchillo.

Ni le hay más suelto y ágil, ni quien sea  
Más diestro á la pelota y á la barra,  
Ni más vivo y sereno en la pelea,  
Ni de apostura tal y tan bizarra;  
Y á tanto va su gracia, que puntea  
De modo que hace hablar una guitarra;  
Y para acompañar se pinta solo  
Su acento varonil cantando un polo.

Y áspero á par que jugueton y atento,  
Sin que de su derecho un punto ceda,  
Hombre de pelo en pecho y mucho aliento,  
Con los ternes y jaques entra en rueda;  
Y creciendo en arrojo y valimiento,  
En juez se erige y los insultos veda  
Del fuerte al débil, y animoso arguye,  
Y á su modo justicia distribuye.

Tal vez habrá quien diga escrupuloso  
Que es poco tiempo para tanto un año,  
Y poco fuera, cierto, si dichoso  
Vivido hubiera en lisonjero engaño;  
Mas allí, donde el látigo furioso  
La suerte vibra con semblante hurafío,  
Donde ninguno de ninguno cuida,  
Pronto se aprende á conocer la vida.

Allí, do hierve en ciego remolino  
La sociedad, ni títulos ni honores  
Son del respeto formulado sino,  
Ni sirven al que entra sus mayores:  
Tienen todos que abrirse su camino  
Breve mundo de más grandes dolores,  
Do lucha el triste en su afligido centro  
Contra la sociedad de fuera y dentro.

Siempre en eterna tempestad, impura  
Mar donde el mundo su sobrante arroja,  
Lucha náufrago el hombre á la ventura  
Sin puerto amigo que en su mal le acoja:  
Pechos que endureció la desventura,  
Y que el castigo de piedad despoja,  
Cada cual de su propio pesar lleno,  
Nadie se duele del dolor ajeno.

¿Y en qué parte del mundo, entre qué gente  
No alcanza estimacion, manda y domina  
Un jóven de alma enérgica y valiente,  
Clara razon y fuerza diamantina?  
Apura el jarro del licor hirviente  
Cuando el más esforzado desatina  
Y trastornado y balbuciente bebe,  
Y aun él cien jarros á apurar se atreve.

Y si es su malicia la malicia aquella  
Viva y gentil del despejado niño;  
Luz y candor su corazon destella

En medio de su alegre desalíño;  
Su noble frente y su figura bella,  
Su audacia inspira al corazon cariño;  
Que aquella fiera gente, en su rudeza,  
Admiran el valor y la grandeza.

Y aunque es su lengua rústica y profana,  
Y su ademan de jaque y pendenciero,  
Pura se guarda aún su alma temprana,  
Como la luz del matinal lucero.  
Bate gentil, cual mariposa ufana,  
El corazon sus alas placentero,  
Que abrillantan aún los polvos de oro,  
De inocencia y virtud breve tesoro.

Ni leyes sabe, ni conoce el mundo,  
Sólo á su instinto generoso atiende,  
Y un abismo de crímenes inmundo  
Cruza, y el crimen por virtud aprende;  
Y aquel pecho, que es noble sin segundo,  
Y que el valor y el entusiasmo enciende,  
Aplica al crimen la virtud que alienta,  
Y puro es si criminal se ostenta.

Como niño que cándido se esfuerza  
Y hacerse el hombre en su candor presume,  
Y la echa de ánimo y de fuerza,  
Miente blasfemias, fuma aunque no fume,  
No hay nadie sobre él que imperio ejerza,  
Y habla de mozas; tal grato perfume  
Vertiendo en torno de inocencia pura,  
Al más bandido remedar procura.

Y como en mente y en valor les gana,  
Y aventaja en nobleza y bizarría,  
Tanto les vence cuanto más se afana  
En mostrarles mayor su gallardía;  
Y aquellas almas viejas su alma ufana  
Con noble anhelo superar ansía,

Sin cuidarse en los lances que le empeñan  
De si es vicio ó virtud lo que le enseñan.

Y por amor á adornos y colores,  
Y entender que lo exige su decoro,  
Bordado un marselles con mil primores  
Cuelga de su hombro izquierdo con desdoro:  
Charro un pañuelo de estampadas flores  
Ciñe á su cuello una sortija de oro;  
Calzon corto, la faja á la cintura,  
Botin abierto y gran botonadura.

Que aprendiendo á jugar ganó el dinero,  
Y allí á la reja la Salada viene,  
Moza que vive de su propio fuero  
Y en cuidar á los presos se entretiene:  
El parecer tal vez la hizo salero,  
Y ella, que es libre y que á ninguno tiene  
Cuenta que dar, dineros y comida  
Le trae, de amores por su Adan perdida.

Y ya le ha aconsejado en su provecho  
La pobre moza de su amor prendada;  
Que aunque de rumbo, y garbo, y franco pecho,  
Y en su modo y palabras desgarrada,  
Y aunque le mira en cueros que es bien hecho,  
Con dulce encanto y alma enamorada  
Le aconsejó vestirse por decencia,  
Y él se dejó vestir sin resistencia.

Vagando va confuso el pensamiento  
En torno á la mujer del mozo ardiente,  
Sin poderse explicar el sentimiento  
Que por sus nervios esparcido siente;  
Mas su vista le da dulce contento,  
Respira en ella un delicioso ambiente  
Que mágico embelesa sus sentidos  
Tras la ilusion de su placer perdidos.

Y su voz, aunque áspera, que suena

Grata á su oído, el corazon le adula;  
Y de ansiedad confusa su alma llena,  
Ni su ilusion ni su placer formula:  
Lejano són de amante cantinela  
Que entre la brisa perfumada ondula,  
Al aire de su dulce devaneo  
Perdido vaga su genial deseo.

Y cuando ella con amor le mira,  
En la ansiedad vehemente que le aqueja  
Y en el ardor violento que le inspira,  
Quiere romper la maldecida reja;  
Y la sacude con violenta ira,  
Porque acercarse á ella no le deja:  
Trémulo de furor sus miembros laten  
Y sus artérias dolorosas baten.

Látigo, y grillos, y penoso encierro,  
Pronta á saltar sobre él la muchedumbre,  
Tratado allí como indomable perro,  
Le impusieron forzada mansedumbre.  
Cual vigoroso potro tasca el hierro,  
Bota y arranca de las piedras lumbre,  
El mozo así, sujeto á su despecho,  
Siente un dolor que le desgarrá el pecho;

Fiero leon que á la leona siente  
En la cercana jaula de amor llena;  
Que con lascivo amor ruge demente,  
De cólera erizando la melena;  
Y la garra clavando en la inclemente  
Reja, en torno los ámbitos atruena;  
Y el duro hierro sacudido cruje  
De tanto esfuerzo á tan tremendo empuje.

Que al placer la convida su hermosura,  
Más á sus ojos mágica que el cielo  
Con su sereno azul bañado en pura  
Luz que colora el trasparente velo;

Placer que inspira al corazon bravura,  
Fuerza á sus nervios y valiente anhelo,  
Su máquina impulsada y sacudida  
Al ignorado goce á que convida.

Que los ardientes ojos de la bella,  
Y el que Mayo pintó de rosa y nieve  
Semblante alegre que salud destella,  
Redondas formas y cintura leve,  
Y gallardo ademan, ligera huella,  
Pié recogido en el zapato breve

Y blanca media que al tobillo pinta  
De negro á trechos la revuelta cinta;

Y el hueco traje que flotante vaga  
En rica de lujuria y vaporosa  
Atmósfera de amor; que el alma halaga  
Y excita los sentidos codiciosa,

Y que enseñar al movimiento amaga  
Cuanto finge tal vez la mente ansiosa,  
Que allá penetra en la belleza interna  
Tras la pulida descubierta pierna;

Sácanle al rostro en torbellinos rojos  
El fuego del volcan que el pecho asila,  
Lanzando llamas sus avaros ojos,  
Encendida la lúbrica pupila.

¡Miseró del que entónces sus enojos,  
¡Ay! provocára! La ira que destila  
Su impotencia en su alma rebosando,  
Sobre él cayera su dolor vengando.

¿Visteis al toro que celoso brama,  
La cola ondeando sacudida al viento,  
Que el polvo en torno levantando inflama,  
Envuelto en nube de vahoso aliento,  
Y ora á su amada palpitante llama,  
Ora busca en su cólera violento,  
Con erizado ceño y frente torva,

Quién el deseo de su amor estorba?

Así el mancebo en derredor revuelve  
La vista en ánsia de feroz pelea;  
De nuevo á sacudir la reja vuelve,  
Que trémula á su empuje titubea;  
Calmarse, en fin, á su pesar resuelve;  
Siente que en vano lucha y forcejea;  
Y ella le habla, y él triste la mira,  
Y, sin saber qué responder, suspira.

Que él no sabe con ella hablar de amores,  
Sino sentir en su locura ciego;  
Suspiros son la voz de sus dolores,  
Y son sus ánsias en sus ojos fuego;  
Ella entre tanto calma sus furores,  
Que él siempre cede á su amoroso ruego,  
Y en sus salvajes ojos se desliza  
Dulce rayo de amor que los suaviza.

Porque es á un tiempo la manola airosa,  
Gachona y blanda como altiva y fiera,  
Y sabe con su Adán ser amorosa  
Y esquivar con los otros y altanera;  
Paloma fiel, cordera cariñosa,  
Aunque de rompe y rasga, y de quimera,  
Y mal hablada y de apostura maja,  
Y que lleva en la liga la navaja;

Y está de su pasión tan satisfecha,  
Tan ancha está de su gallardo amante,  
Que hasta la tierra le parece estrecha,  
Y no hay dicha á su dicha semejante.  
Cuando á la espalda la mantilla echa  
Y las calles se lleva por delante,  
Pensando en el gachón que su alma adora,  
En su propia hermosura se enamora.

Corazon toda ella, y alma, y vida,  
Y gracia, y juventud, desprecio siente

Hácia la sociedad, libre y erguida  
Hollándola con planta independiente.  
Dejando á su pasión franca salida,  
Un *pues mejor* rasgado é insolente,  
Con cara osada por respuesta arroja,  
Si alguno, reprimiéndola, la enoja.  
Pobre mujer, para sufrir criada,  
Vil la marcó la sociedad impía,  
Viviendo en medio de ella condenada  
A perpétua batalla y rebeldía;  
Hija del crimen, sola, abandonada  
A su propia experiencia y energía,  
Sin más lazo en el mundo ni consejo  
Que un padre preso, criminal y viejo.  
Era el tío Lucas, padre de la bella,  
Hombre de áspero trato, y de torcida  
Condición dura, y de perversa estrella,  
Sin cesar por su boca maldecida;  
Pocas palabras, de indolente huella,  
Mal encarado y de intención dormida,  
Chico, y ancho de espaldas, y cargado,  
Largo de brazos y pati-estevado;  
De chata y abultada catadura,  
De entrecana y revuelta espesa ceja,  
Ojos saltones y mirada dura,  
Blanca patilla á trechos y bermeja,  
La frente estrecha y de color oscura:  
Rojo el pelo como áspera guedeja,  
Inaccesible al peine, aborascado,  
En vedijas la cubre enmarañado.  
No hay cárcel ni presidio en las Españas  
Que no conserve de él alta memoria;  
Ciudad que no atestigüe de sus mañas,  
Ni camino sin muestras de su gloria:  
Y consignada está de sus hazañas,

En procesos sin fin su inclita historia,  
Aunque oscura y truncada, que á la pluma  
Fió muy poco su modestia suma.

Lleva á rastra los pies andando, y mueve  
Pesada y vacilante la cabeza,  
Su pensamiento é intención aleve  
Mostrando en su abandono y su pereza.  
Mosquito insigne, por azumbres bebe  
Sin vacilar un punto su firmeza;  
Siempre fumando, el labio ya tostado  
Con el tabaco negro y requemado.

Raya en sesenta años, y cincuenta  
Hace ya que empezó sus correrías.  
Quiénes fueron sus padres no se cuenta,  
Ni dónde ha visto sus primeros días:  
Siempre sagaz, diversa historia inventa  
De sus viajes, familia y fechorías,  
Cambia su nombre y patria, dando largas  
Así á las horas de su vida amargas.

Este honrado varón, cuando desnudo  
Adán entró en la cárcel, y la gente  
Le examinaba con anhelo rudo,  
Explicó el caso con sesuda mente:  
— ¿No habeis, les dijo, visto nunca un mudo?  
¿Qué diablos os *chungais* de un inocente?—  
Y apartó á todos, con afecto raro,  
Dando á su mudo protección y amparo.

Y como luégo el inocente diera  
Pruebas de su vigor y valentía,  
Y abriera á uno en desigual quimera  
Contra las piedras la cabeza un día;  
Tanto amor le cogió, que la severa  
Faz desplegando, que jamás reía,  
Hablaba siempre de él guiñando el ojo  
Con cierta sonrisita de reojo.